



PABLO DE SANTIS

LAS PLANTAS  
CARNÍVORAS



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1994, PABLO DE SANTIS  
C/O GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA  
www.schavelzongraham.com  
© 1994, 2006, 2011, 2015 EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4666-2  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

De Santis, Pablo  
Las plantas carnívoras / Pablo De Santis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.  
144 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4666-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.  
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

PABLO DE SANTIS

LAS PLANTAS  
CARNÍVORAS

loqueleq



*A Ivana*



# PRIMERA PARTE



## GRAN HOTEL

Primero fue un departamento, y después otro y otro. Me quedaba solo un par de días en cada lugar. Casi siempre eran departamentos vacíos y helados, algunos limpios y con olor a pintura, otros sucios y a la espera de que alguien los liberara de los últimos muebles desvencijados. A mí me daba igual cómo estaban. Eran lugares donde dormir, y punto.

Un amigo que trabajaba en una inmobiliaria me había conseguido un empleo que consistía en permanecer todo un día, en general durante los fines de semana, en departamentos que estaban en venta, para recibir a los posibles compradores. Por lo visto, era una mala época para los negocios inmobiliarios, por razones que nunca entendí (solamente leía los diarios que encontraba en el piso; siempre eran viejos y, sin embargo, estaban llenos de novedades para mí). Los posibles compradores eran una especie en extinción. Los últimos sobrevivientes entraban a los departamentos con brusquedad y desdén, mirando todo con reprobación, como si estudiaran por dónde empezar a demolerlo.

Sabía que se trataba de una estrategia, pero no dejaba de impresionarme.

Yo tenía que apelar (era, al menos, lo que se esperaba de mí) a la estrategia opuesta. Decir, por ejemplo, que un ambiente cuya diminuta ventana daba a un sombrío patio interno era en realidad muy luminoso. O afirmar la absoluta falta de problemas con las cañerías, mientras el supuesto cliente hundía sus dedos en el revoque que se caía a pedazos bajo la capa de hongos.

Luego de mis primeros fracasos me compré un librito llamado *El mejor vendedor del mundo* y me dediqué a seguir fielmente sus consejos. Cuando estaba solo, hablándole al vacío, las instrucciones que daba me parecían fáciles de aplicar, pero cuando me tocaba llevarlas a la realidad, las cosas eran distintas. Empezaba bien, con énfasis, pero a medida que hablaba, el departamento que intentaba vender me deprimía más y más, hasta que la verborragia languidecía y mi voz sonaba apagada y seca.

—No tenés mucha experiencia en esto, ¿no? —me preguntó una ex posible compradora a la que no había conseguido impresionar, a pesar de que había aplicado algunas de las tácticas que el autor del libro consideraba como extremas e infalibles.

—No —mentí—. Es la primera vez.

Parecía tan apenada por mí que le dije que era un estudiante y que trabajaba para pagarme la facultad, como me hizo algunas preguntas, seguí mintiendo: me casaría apenas me recibiera, pero primero esperaba ganar una beca, etcétera.

La única razón por la que seguía en el negocio inmobiliario era porque podía dormir en los departamentos que estaban en venta. Mi amigo me pasaba las llaves y yo iba de una punta a otra de la ciudad; en un plano de la guía Peuser marcaba los lugares en los que había dormido con un círculo rojo. Cada noche miraba atentamente el mapa, tratando de adivinar en qué punto de la ciudad aparecería la próxima vez.

Todas mis pertenencias en el mundo se habían reducido a un bolso negro, de lona, donde guardaba una frazada, algo de ropa, un par de libros, un mate, una pava, y algunas cosas más. En los departamentos podía bañarme y lavar la ropa. No tenía casi nada, pero tampoco necesitaba más.

Antes había compartido con un amigo un departamento, hasta que ninguno de los dos pudo pagar el alquiler; y en ese momento me pasó algo que hizo que dejara de ver a todo el mundo. Aquellos departamentos vacíos se convirtieron en el lugar perfecto para mí: era como estar en el espacio exterior, pero sin salir de la tierra.

No podía acumular nada; entonces empecé a deshacerme de los libros que leía. Leía mucho; en mi vida solitaria era lo único que podía hacer. Consideraba a ese período como un retiro espiritual: no veía amigos, no veía a nadie de mi familia, no tenía novia. Un peregrinar por el desierto, o un retiro a lo alto de una montaña no hubieran sido ejercicios más solitarios que estar allí, en el corazón de la ciudad. Compraba los libros en alguna feria de usados o en las librerías de viejo, los leía en un par de días y, cuando no podía venderlos,

los dejaba en las mesas de los bares, o en los bancos de las plazas, o en las escalinatas de piedra de las iglesias o los monumentos, siempre en sitios bien visibles. Como tenía en cuenta a los futuros lectores de mis libros abandonados, tomé la costumbre de escribir en un papel mi juicio sobre el libro, además de un pequeño resumen, que dejaba entre las páginas. Cuando anotaba mis opiniones, trataba de ser tan sincero como fuera posible, pero con entusiasmo, si es que algo del libro me había gustado, para que quien quien lo recogiera se sintiera tentado a leerlo.

Envidiaba a los futuros lectores de mis libros abandonados, ya que me consideraba un excelente escritor de reseñas y hasta sospechaba que mi verdadera vocación era llegar un día a redactar contratapas. Me encantaba leer las cubiertas de los libros, donde el argumento resumido aparecía excitante y lleno de enigmas; la mayoría de los libros eran basura, pero en las contratapas lucían como cosas únicas, inolvidables. Con el tiempo, de tanto leer contratapas (pasaba horas en el fondo de las librerías) distinguía los estilos de los anónimos autores, y me daba cuenta de si el libro les había gustado realmente o si lo llenaban de elogios solo porque les pagaban para eso. Era como descifrar mensajes secretos, y yo leía con claridad, bajo la desenfrenada defensa de alguna novela de moda: “No abras este libro, no lo leas, yo tampoco lo leí”.

Dejaba los libros donde pudiera vigilarlos bien para ver quién era el que se los llevaba. La gente miraba para todos lados antes de tomar el libro y después lo guardaba con apuro, como si fuera un acto clandestino.

En algunos casos el libro permanecía allí por horas, sin que nadie se fijara en él. Yo me alejaba, daba una vuelta, volvía y no me quedaba tranquilo hasta que el libro ya no estaba. Siempre terminaban por desaparecer.

Leía muchas novelas policiales de colecciones viejas o libros de terror en ediciones baratas. No importaba que la trama transcurriera en las islas malayas, en los peores barrios de Nueva York o en Venus: todo lo que leía lo conectaba conmigo, con las cosas que me pasaban. Era como si todos los escritores quisieran enviarme mensajes, enseñanzas, bromas, advertencias que solo a mí, entre miles de lectores invisibles, estaban destinadas. Algunos escritores parecían conocerme más que yo mismo; ponían en sus novelas cosas que yo ya había olvidado, o secretos que no le había contado a nadie.

Pero ahí estaban los libros, espiándome, con sus ojos de rayos X. Las que más me gustaban eran las historias de perdedores, que seguían luchando hasta el final. Tenían todo en contra y no les importaba.

Mis horarios no eran muy regulares, ni tampoco mis comidas. Con lo que ganaba en las guardias inmobiliarias apenas me alcanzaba para comer en los bares o llevar pizzas o empanadas al departamento, con una lata de Coca Cola o de cerveza. A veces me encontraba con lugares que tenían desconectada la luz, y como no podía bajar al sótano a cambiar los tapones, me tenía que quedar en la oscuridad. Llevaba siempre velas y fósforos en el bolso.

Trataba de quedarme en la calle hasta tan tarde como podía, para llegar y dormirme de inmediato, porque leer a la luz de las velas me cansaba los ojos.

Al principio le tenía miedo a esa oscuridad, miedo a no tener nada que hacer, a mis propios pensamientos sonando en el vacío, miedo al aburrimiento total. No tenía nada, pero cuando no había luz, era menos que nada. Entonces aprendí de a poco a fijar mi atención en algo hasta descubrir sus menores detalles. Primero no hay nada pero uno se concentra y empieza a ver. Podía pasarme horas mirando la llama de la vela, las oscilaciones del fuego, las sombras contra la pared, el lento derrumbe de la cera derretida. Afinaba mi percepción hasta que los objetos dejaban de tener secretos para mí. Del mismo modo, me tendía en la oscuridad, ya no atormentado por el aburrimiento ni el insomnio, sino arrastrado por los recuerdos o las cosas que imaginaba. Cada lugar, cada objeto, inclusive yo mismo, tenía que ser un territorio para explorar.

Vendí un solo departamento, pero no fue gracias a mi habilidad sino a un error de tasación. Gasté la plata en libros y ropa: pantalones nuevos, camisa nueva, medias, calzoncillos, zapatillas y tiré lo anterior. No acumulaba, reemplazaba. Por cada cosa que entraba a mi mundo, algo salía. Había que viajar con poco equipaje.

A veces investigaba en los departamentos que me habían tocado, buscando pistas de quienes habían vivido allí. Revisaba en los cajones, cuando había muebles, y encontraba papeles, alguna fotografía, estampitas, siempre las cosas más inútiles, lo que la gente quería borrar de sus vidas de un modo tan definitivo que ni siquiera se había decidido a tirarlas, porque eso hubiera significado tocarlas. Cartas de amor de quienes habían llegado a odiarse o a olvidarse, viejos manuales de

colegio, diarios íntimos de adolescentes. Eran cosas que me entristecían, pero no podía dejar de investigar. Pensaba que el estudio de aquellos restos me permitiría sacar alguna conclusión sobre cómo funcionaban las cosas detrás de las paredes, las leyes que regían las vidas ajenas. Yo no tenía televisión, así que tenía que reemplazarla con lo que pudiera. Era como un arqueólogo estudiando los restos de una civilización extinguida.

A mi amigo lo despidieron de la inmobiliaria de un día para otro. Yo había ido a devolverle las llaves y ya no estaba; una empleada me dio, indiferente, la noticia, sin mirarme. Para mí era una catástrofe, porque el gran hotel cerraba sus puertas. Llamé a mi amigo a su casa y me dijo que iba a tomarse unas vacaciones antes de buscar trabajo. Prometí volver a llamarlo, sin embargo, nunca lo volví a ver.

Ya era casi de noche, hacía frío y no tenía donde dormir. Me despedí mentalmente de esa casa gigantesca y dispersa, llena de cuartos por toda la ciudad, que me había alojado; eran distintos lugares pero era también –y así lo recuerdo– un solo y único lugar, como si mi casa hubiera sido la ciudad misma.

No tenía ganas de ir a ver a mi hermano así, presentándome como un vagabundo, pero no veía solución. Hacía casi un año que no nos hablábamos. Tomé el subte, me bajé en Congreso y caminé hasta la casa.

Su ventana brillaba en la oscuridad. Dos siluetas iban de un lado a otro, con movimientos de dibujo animado. Me llegaron, apagados y confusos, los gritos. No sabía quién era la mujer, quizás una nueva novia.

“No llegué en un buen momento”, pensé mientras tocaba el timbre. Eso me alegró: en el interior del caos, el caos pasa inadvertido. Y además no quería, al menos por esa noche, dar explicaciones.